

ENSAYO DE LAICADO

MAGIS IV

**DOS COMUNIDADES PARA EL
AMOR Y EL SERVICIO: La
Santísima Trinidad y la CVX.**

Autora: MSc. Arq. Vivian Minerva Luna Godoy

ENSAYO DE LAICADO

DOS COMUNIDADES PARA EL AMOR Y EL SERVICIO: La Santísima Trinidad y la CVX.

Nombre de quien hace el Ensayo: Vivian Minerva Luna Godoy.

Profesión: MSc. Arquitecta.

Ocupación Actual: Arquitecta de la Comunidad.

Contenido

Introducción

Desarrollo

1. La experiencia Trinitaria paradigma de amor y vida en comunidad.

1.1- El Padre.

1.2- *El Hijo.*

1.3- El Espíritu Santo.

1.4- La Trinidad Misterio de Amor Absoluto en Comunidad.

2. Una mirada de caridad y gratitud a nuestra Comunidad de Vida Cristiana.

2.1- Llamados y enviados desde la Iglesia a compartir la misión de Cristo al mundo.

2.2- Viviendo y renovando en nuestro peregrinar el desafío y la novedad en la colaboración.

Conclusiones.

Introducción:

Tenemos la gran certeza que el Padre en su plenitud, no vive ni actúa en soledad, hace vida en comunión y en comunidad con la persona del Hijo y del Espíritu Santo.

Creer, llamado y asirse al misterio de la Trinidad, significa que la verdad está al lado de la comunión y para nada de la exclusión. Significa además, que en la raíz de todo cuanto existe y subsiste hay movimiento, vida, encuentro y amor en la plenitud. En este consenso, Dios se revela como la absoluta verdad.

Fiarse de la Trinidad, implica que todo se relaciona con todo, formando un gran todo y que en el, la unidad en lo diverso se origina desde la disímiles manera de las convergencias.

Este misterio de vida, de amor en comunidad, nos muestra que nosotros nunca vivimos, siempre convivimos. De tal manera, muestra en sí misma que todo lo que favorece la convivencia es bueno y por tanto vale la pena. De ahí, que el Padre nos muestre un modo de existir: el comunitario. En su persona, nos enseña desde su modo comunitario de vivir en la Trinidad que desde ese modo se experimenta la comunión y la unión.

En el presente ensayo se pretende mostrar de un algún modo, como al creer y acoger coherentemente la experiencia de vida en comunidad al estilo de la Trinidad, le estamos dando un sí al Dios-Comunión, donde Él se nos muestra semejante con lo más excelente de nuestra naturaleza y no se opone a nuestras búsquedas más fundamentales. Al contrario, sale a nuestro encuentro, se ofrece a sí mismo como su plena realización y nos propone un modo novedoso y desafiante de vivir: en comunidad. A partir de esta certeza, el Padre desde la experiencia de comunidad que vive en plenitud, nos exhorta continuamente a vivir en comunión y más que ello: en comunidad de amor.

La Trinidad en su plenitud, nos hace consciente que somos imagen y semejanza de ella y en virtud de esto nos hace seres comunitarios. Por su causa, estamos invitados a mantener relaciones de comunión con todos, dando y recibiendo, construyendo todos juntos una convivencia rica, abierta, que respete las diferencias y beneficie a todos en el gran desafío de ir construyendo el Reino.

Como laicos, desde nuestra misión de construir el Reino desde la experiencia de vocación discernida y asumida para ser miembros de una única Comunidad Mundial de

Vida Cristiana que vive en más de 60 países, somos hoy especialmente llamados y enviados a través del misterio de la Trinidad, a volvernos unos a otros a través de la misión común, a que vivamos a su estilo con una reciprocidad radical, a que estemos convencidos que la entrega mutua y de comunión recíproca se vive y se confirma en comunidad donde en ella se establecen las relaciones personales en la que cada miembro es aceptado tal y como es y donde cada uno se abre al otro para dar lo mejor de sí mismo al hermano.

Este ensayo pretender confirmar que como laicos, miembros de la iglesia fundada por el Hijo, estamos llamados a abrirnos desde nuestras raíces hacia las fronteras, donde el amor, la amistad, la benevolencia y la entrega de las personas, se hagan como causa de la comunión con las tres personas divinas. Somos y debemos sentirnos permanentemente invitados a entrar en la experiencia de comunidad y comunión entre nosotros y con la Trinidad para que de tal modo acojamos las palabras del Hijo: *“Que todos seamos una sola cosa; como tu, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una sola cosa en nosotros”* (Jn17,21)

El ensayo consta de dos capítulos a través de los cuales se va desarrollando progresivamente su contenido. En el primero de ellos, se coloca la experiencia Trinitaria como paradigma de amor y vida en comunidad, para lo cual se ha brindado una aproximación a las tres personas divinas. Al concluir el capítulo, se enfatiza en el amor absoluto que se manifiesta a través del misterio comunitario de la Trinidad.

En el segundo capítulo se hace referencia al llamado y al envío que recibimos por medio de nuestro Bautismo a compartir la misión de Cristo, desde el desafío y la novedad que implica la colaboración en la misión.

Al concluir el contenido de ambos capítulos, se presentan las conclusiones del trabajo.

Desarrollo

1. La experiencia Trinitaria: Paradigma de amor y vida en comunidad.

"Creer en el Padre significa la entrega confiada y obediente a lo que en Dios hay de misterio absoluto, origen gratuito y futuro bienaventurado. Creer en el Hijo significa que en Jesús se ha acercado y dicho el Padre; que el misterio del Padre es realmente amor, en la escandalosa dialéctica de amor crucificante y amor resucitado; que en el seguimiento de Jesús-y no fuera de él- se da la estructura del acceso al Padre. Creer en el Espíritu significa la realización in actu de la entrega al Padre y del seguimiento de Jesús".

*Luz que penetra las almas.
Jon Sobrino, Sal Terrae (Enero 1998), p.10).*

1.1- El Padre.

La persona de Padre, es un misterio no visible e insondable. Existe eternamente antes de toda criatura. Su visibilidad la podemos constatar a través del Hijo. Para comprender y vislumbrar al Padre se nos hace urgente la persona de Jesús. Desde el misterio de amor y ternura que habita en él, muestra a la humanidad el actuar del Padre en la construcción del Reino desde su misericordia y su providencia.

El Padre es el Dios de la vida, situándose siempre entre aquellos que "necesitan más vida" para desde allí, engendrarla en abundancia. La naturaleza del Padre es el amor, de tal modo es capaz de entregarlo a los que pierden su vida por el pecado, a ellos está constantemente mostrando su misericordia.

En su relación con el Hijo, el Padre se muestra tal cual, dejando sentado que su amor es a tal extremo por todos que nos ha entregado a su propio Hijo. La ternura de Jesús es reflejo de la ternura infinita del Padre, en su máxima bondad acoge a todos como sus hijos e hijas.

El Padre es Padre no principalmente por ser creador, lo es propiamente por ser Padre del Hijo unigénito, estando desde la eternidad con el Hijo a través del Espíritu Santo. Con el amor que es engendrado el Hijo por el Padre, da origen en Él a todos los demás seres en el Hijo, por el Hijo, con el Hijo y para el Hijo. Ya que existimos en el Hijo, todos somos hermanos y hermanas, Cristo es el primogénito entremuchos.

Nuestras raíces fraternales se sumergen en el misterio de la fecundidad del Padre, Él es la fuente de toda fecundidad, por medio de Él todo viene y todo va.

Lo femenino y lo masculino son imagen y semejanza de Dios, encontrando en la Trinidad su última raíz y justificación, de tal manera, Dios puede ser expresado como Padre y como Madre. Dios en Padre maternal y Madre paternal.

La fecundidad de Dios encuentra su plenitud en las dos fuentes humanas de la fecundidad: el padre terreno y la madre terrena. Ambas fuentes expresan la plenitud de Dios en su misterio.

La revelación que el Hijo encarnado nos ha hecho del Padre eterno, trasciende hasta ir al encuentro con el misterio divino: misterio de comunión, de vida y de amor.

Cuando hablamos del Padre nos referimos al último horizonte de todas las cosas, lo contiene e ilumina todo. Solo a partir de Él es posible acoger a la persona del Hijo y del Espíritu Santo. Su unidad y su simultaneidad son eternas. Todo el misterio de la Trinidad para poderla comprender, comienza siempre por el Padre. En medio de esa simultaneidad se establece cierto orden entre las personas trinitarias, Él es siempre el primero. Este lenguaje es nuestro como expresión de nuestra fe, pero en realidad, nadie es anterior o superior, las tres personas trinitarias son coigual, coamorasas y coeternas. El Padre actúa en el mundo a través de la implantación de su Reino. El Reino es el modo de actuar del Padre, mediante el cual se va liberando a toda la creación del pecado, de las divisiones, de la muerte, e implantando la fraternidad y la vida.

La experiencia de Dios Padre no se da fuera de realidad alguna, evadiéndose en una burbuja espiritual. Vivimos en un mundo roto (Congr. General 34.VI,14), en esta coyuntura crece la obra del Padre en medio de la más honda realidad y de toda persona.

Necesitamos descubrir a este Dios personal, como Él también nos necesita a nosotros y nos busca. Para ello será urgente que busquemos y hallemos a Dios como verdad absoluta y activa. Desde allí nos encontraremos con Él en la intimidad contemplativa y en la acción transformadora, para lo cual se hace necesario abrirnos a una nueva mística desde el misterio trinitario.

1.2- *El Hijo.*

La persona del Hijo, vive al lado del Padre en eterna comunión. Es su máxima expresión ya que el Padre se reconoce Hijo en su forma más inmensa de eternidad y en su inefable ternura. Es en la persona del Hijo donde se muestra la distinción y comunión de Dios. De tal modo, uno y el otro, se conocen, reconocen y se entregan mutuamente. Por la encarnación del Hijo, la creación llega a su plenitud. El Hijo es capaz de revelar todos los secretos del Padre, como mediador de la total liberación para todos. Siendo capaz de “plantar su tienda” en medio de nuestra debilidad humana.

A través de la oración, Jesús se muestra Hijo de Dios, invocándolo como Abba, al llamarlo así, nos enseñó a nosotros también a llamarlo y a vernos como hijas e hijos y por tanto como hermanas y hermanos.

El Hijo asume representar al Padre trabajando por su Reino incesantemente: trabaja en cada realidad, hace realidad su misericordia para cada uno, perdona los pecados, convive con los pecadores y les da la certeza del amor del Padre. La instauración del Reino, es el Plan del Padre y además el sitio donde el Hijo se dona en la obediencia hasta la muerte, incluso en medio de toda prueba, resistiendo con fidelidad a todas las persecuciones desde lo alto de la cruz, en el mayor abandono y en la entrega confiada al Padre. De tal modo, podemos tener la certeza que el Padre y el Hijo viven en la misma naturaleza-comunión. Aún así, cada uno tiene su identidad para poder entregarse mutuamente y vivir una comunión eterna.

El Hijo es la Palabra y así expresa la realidad del Padre. El Hijo es imagen de Dios invisible y así todo parecer misterioso se manifiesta en el Hijo. El Hijo es la inteligencia del misterio compartido por las tres divinas personas. De ahí que el Hijo sea por excelencia la revelación y comunicación divina desde lo más entrañable de la Trinidad, como desde lo más entrañable de la creación. Todo el haber del Padre le es dado al Hijo, excepto su condición de Padre. Le ha sido dada hasta la capacidad de respirar al Espíritu Santo, de ahí que juntos permitan la aparición de éste. La capacidad de darse del Hijo engendrado por el Padre, recibe simultáneamente al Espíritu Santo.

En medio de esa verdadera certeza, el Hijo se encarna en nuestra historia, de ahí que le confiera el carácter de hija e hijo a cada criatura humana.

El Hijo con su presencia formando parte de la Trinidad, nos asegura que algo de nuestra naturaleza ha quedado eternizado, siendo partícipe de la vida de comunión y de amor eternos. La seguridad que el Hijo está en el Padre, unido al Espíritu Santo, hace veraz que seamos hijas e hijos en el Hijo y por tanto todos hermanos y hermanas por medio del Espíritu Santo.

Es importante considerar que las personas divinas no son sexuadas, no forman parte de estas determinaciones creadas, aún cuando los valores que se comunican entre lo masculino y lo femenino son divinos. En el Hijo encontramos la más perfecta integración entre los masculino y femenino. Todo el dinamismo del Hijo, su capacidad de decisión a favor de los pobres, su coraje al enfrentarse con las oposiciones y con la misma muerte, revelan su dimensión masculina.

Por otra parte, la dimensión de ternura hacia la humanidad, el cuidado, la misericordia, la sensibilidad ante el misterio de la vida, la interioridad en la oración, revelan su dimensión femenina.

El Hijo, en su inmensa ternura, expresa una sensibilidad profundamente humana por las mujeres que pasan a su lado, algunas de las cuales son discípulas suyas. Sale en defensa de la mujer desamparada, la adúltera, la samaritana, la que sufría hemorragia, etc. porque ellas son parte de su visión y de su misión mesiánica.

El Hijo hace partícipe a todo el universo de su naturaleza de Verbo, haciendo a todos los seres de la creación hijos e hijas. Todo lleva la marca indeleble del Hijo porque todo fue hecho con Él, en Él y para Él.

1.3- El Espíritu Santo.

La persona del Espíritu Santo supera la relación yo-tú, para introducir el nosotros. De tal modo, implica unión entre las personas divinas, a través de ella se nos revela la relación eterna y esencial de las tres personas divinas.

El Espíritu Santo emana una fuerza tal, que toma a las personas y las conduce a hacer grandes cosas. Esa fuerza impetuosa, transparenta la novedad y la renovación de todas las cosas, creando orden en toda la Creación, hace nacer el nuevo Adán en María, impulsa al Hijo a la evangelización, resucita al crucificado de la muerte, permite anticipar en la iglesia a la nueva humanidad y nos trae definitivamente el cielo nuevo y la tierra nueva prometido.

A través del Espíritu Santo, se actualiza la memoria de Jesús. Con su actuar, no permite que las palabras del Hijo queden muertas, sino que por el contrario, sean continuamente releídas, resignificadas y den origen a nuevas prácticas.

En las situaciones de pecado, el Espíritu Santo viene a ser de liberador porque es el continuo generador de libertad, de entrega a los demás y de amor en plenitud. Él es el padre de todos los pobres, infundiendo en ellos la esperanza para soñar con un mundo reconciliado, justo y luchar por realizarlo.

El Espíritu Santo es la fuerza creadora de diferencias y de comunión en las diferencias, suscitando entre las personas los más diversos dones y en cada comunidad los más diversos servicios y ministerios. La riqueza de la diversidad dada a través de Él, no deriva en desigualdades y discriminaciones. Los dones no se nos dan para autopromocionarnos, sino para ponerlos al servicio del bien de toda la comunidad.

Las personas que se abren a la gracia del Espíritu Santo, permiten que habite en sus corazones, brindándoles entusiasmo, coraje, decisión, consuelo a los afligidos, mantiene viva la utopía en las mentes humanas de una humanidad totalmente redimida y da la fuerza para anticiparla cada día.

Junto al Padre y al Hijo, el Espíritu Santo, es una de las personas divinas, emergiendo simultáneamente que ellos, estando en esencia unidos a ellos en el amor, en la comunión y en la misma vida divina. Viven las tres personas divinas en mutua relación y comunión. Cada una de ellas lleva dentro de sí a las demás, distinguiéndose cada una por la relación que lleva con las otras dos.

En las Sagradas Escrituras, se nos manifiesta como un huracán, un vendaval con fuerza transformadora, lo mismo que el amor transforma la muerte. De tal modo no es algo etéreo e indefinible, todo lo contrario, es energía vital, siempre innovadora para el dinamismo del que se nutre la espiritualidad madura y comprometida.

En la plenitud del perfecto amor, el Padre y el Hijo, se unen para amar juntos a un tercero. El Espíritu Santo es esa tercera persona. En Él se representa la novedad, la apertura y la absoluta comunión. Rebela la autoentrega que se hacen el Padre y el Hijo, siendo este auténtico amor, lo propio del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, reconoce al Padre en el Hijo y al mismo tiempo, ve al Hijo como la suprema expresión del Padre, manifiesta la alegría de la relación de inteligencia y de amor entre ellos dos. Todo cuanto circula entre las tres personas divinas produce flujo y reflujo de vida eterna y de amor vital.

Las tres personas divinas son iguales en dignidad pero distintas en su simultaneidad y en su coexistencia amorosa.

En la comunidad trinitaria, el Espíritu Santo es principio de diversidad y unidad entre los distintos, por eso se hace amor y comunión por excelencia.

El Espíritu Santo, está vinculado a la acción transformadora, alternativa e innovadora, generando continuamente vida. Su acción abarca los actos humanos hasta alcanzar que estos lleguen a realizar el designio de la Trinidad. Su actuar viene a la humanidad como Gracia que diviniza nuestras vidas y también por medio de su actuar, las palabras del Hijo que instituyeron el sacramento eucarístico, adquieren eficacia y nos traen la santa humanidad del Hijo a nosotros bajo las especies de pan y vino, erigiéndose de tal modo como creador y dador de vida.

1.4- La Trinidad Misterio de Amor Absoluto.

El misterio trinitario aún abierto a la comprensión y a la comunión, es impenetrable a la razón humana tanto en la dimensión terrena como en la eternidad. Ella se revela como la comunión perfecta donde habitan las tres personas divinas, constituyendo una realidad en sí misma que habita en el cielo y en la tierra.

La Trinidad en su plenitud, nos confirma que existe gracias a la Encarnación del Hijo y a la venida del Espíritu Santo sobre María.

La Comunidad de la Trinidad muestra a través de su misterio actuante, la vida de esa tres persona divinas y su infinita alegría porque las tres miradas distintas constituyen una única visión de amor. A través de ellos se da la convivencia de los tres en una sola comunión de vida. El modo en que se entrelazan las tres personas divinas, hace surgir el éxtasis de intimidad, de la acogida y de la propagación de la ternura.

En este misterio de amor, se da la fidelidad sin fin en una realidad que no conoce de límites porque se manifiesta por medio de una vida eternamente plena, siendo así la manifestación de la gloria y la alegría del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo inefablemente unidos.

La unidad en la diversidad, constituye la esencia del este misterio de plenitud que se vive y se manifiesta en a través de esta Comunidad, siendo por ello expresión de la fe en Dios-Comunión y fuente inagotable de realización subjetiva, alegría, efusión, belleza y humor placentero.

La intimidad Trinitaria, refleja un dinamismo de unión, de convergencia y de comunión de la cual impregna a la Creación toda, teniendo esta última dos modos de manifestarse: una temporal y visible y otra eterna e invisible. En la primera, percibimos la sucesión de todas las formas y expresiones del ser y en la segunda, se nos da como proyecto de las tres divinas personas.

En la raíz de la historia de los seres humanos, vive la historia íntima de la Trinidad a través de las relaciones entre las tres personas divinas que producen eternamente diversidad y unificación. En la Trinidad todo cuanto acontece es trinitario.

2. Una mirada de caridad y gratitud a nuestra Comunidad de Vida Cristiana y nuestra colaboración.

2.1) Llamados y enviados desde la Iglesia a compartir en comunidad la misión de Cristo al mundo.

En el recién clausurado año de la Fe, hemos vuelto a retomar los Documentos del Concilio Vaticano II. En la Exhortación apostólica *Christifidelis Laici*, 15.2, se nos confirma que los laicos somos corresponsables junto a los ministros ordenados, los religiosos y religiosas de la misión de la Iglesia en razón de la común dignidad bautismal.

Los laicos desde su participación comunitaria, tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios en los signos de los tiempos, de modo que iluminemos las realidades de las que formamos parte. Conscientes y comprometidos con la misión de la Iglesia, y animados por la comunión con la Trinidad, nos confirmamos que nuestra misión es la del Hijo, asumiendo el deber y la corresponsabilidad de anunciar la Buena Noticia, esforzarnos por la lucha por la libertad a cualquier instancia, liberando ataduras para sobre todo, proclamar el amor del Padre que a través de su Gracia quiere dárse nos en el Hijo.

El apostolado de los laicos se fundamenta en la misión salvadora de la Iglesia, contando con los hombres y mujeres de hoy en cada contexto, optando por los más pobres, los ciegos, los oprimidos y los cautivos.

Cada laico está interpelado de un modo particular a dar la misión su verdadero valor desde su actuar en comunidad. A través de su apostolado sostenido por la Gracia, estos ordenan todo lo creado al verdadero bien, participando en el ejercicio del poder del Hijo para atraer a sí todas las cosas y someterlas junto consigo mismo al Padre, de modo tal que Él sea todo en todos a través de la fuerza impetuosa y vivificante del Espíritu Santo.

Recibiendo la misión del Hijo, somos sus más fieles testigos ya que a través de ella, él entra a nuestras vidas para iluminarlas e inspirarlas de modo permanente. Así nuestra vida y nuestra participación en la misión desde nuestro ser comunitario, será apostólica

en la medida en que sea inspirada permanentemente por el Evangelio del Hijo pobre y humilde.

Todo este dinamismo lo vamos viviendo comunitariamente no en la Iglesia, sino y por sobre todo, como Iglesia, siendo pueblo que peregrina sustentado y convencido por la Gracia actuante de la Trinidad para todos.

La comunión y la misión que vamos viviendo de manos de la Trinidad como paradigma de vida perfecta y armoniosa en comunidad, dan sentido permanentemente a todo nuestro ser comunitario y a nuestra espiritualidad compartida, de modo que junto a ellas, nos sintamos y nos situemos ante la urgente necesidad de ser contemplativos en la acción, precisamente donde pareciera ser más difícil vivir esa contemplación por la aparente ausencia del Padre, por las dificultades de la vida, por la falta de un horizonte esperanzador, por la crudeza el dolor. Es allí donde es más desafiante, más urgente, más necesaria y es allí donde el llamado es más claro y radical, no tiene medias tintas: se toma o se deja.

Desde nuestra vocación de laicos, miembros de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) , gustamos internamente de la riqueza de nuestra comunidad en medio de sus debilidades, y nos sentimos desde nuestro compromiso permanente, continuamente interpelados para buscar y hallar la acción del Padre Bueno en cada realidad.

Muchas veces el desencanto del mundo del que formamos parte, radica en la incapacidad que tenemos para sentir y gustar internamente la acción del Padre, que trabaja constantemente a tiempo y a destiempo, y que nosotros vamos reduciendo muy racionalmente la presencia de su obrar en unos pocos para decir después que pareciera que la divinidad se esconde.

Haciendo en comunidad nuestro camino como Iglesia, vamos peregrinando como miembros del Pueblo de Dios en ese caminar, junto a la Comunidad de la Trinidad y con otros hermanos, todos “compañeros de camino”. En un camino inacabado, con cansancios, inflexiones, caídas, éxitos, combates con el mal espíritu y por sobre todo: con la absoluta certeza que la Gracias sobreabundará en medio de ese peregrinar, para venir a nuestro encuentro.

Desde nuestra vocación discernida y asumida de vivir en comunidad la misión en el Estilo de Vida y Carisma de la CVX, tenemos la riqueza de confirmarnos que el campo

de la misión es ilimitado, no nos predetermina o confina, todo lo contrario, su horizonte se abre en nuestro ser Iglesia en el complejo, urgente y necesario contexto de la política, de la realidad social, de la economía, de la cultura, el arte, la ecología, etc.

En nuestro ser y quehacer como laicos, la misión lleva en sí una dinámica de interpelación recíproca entre la Iglesia y la sociedad en que vivimos, entre las personas y la dinámica social, entre la ciencia y el discernimiento, etc. pero por encima de todo, somos consciente desde ese nuestro ser, que todo está signado por la fuerza de la Gracia que actúa en medio de la totalidad, implicando la integración de ambientes y elementos diversos propios para cada contexto.

El laico en su misión, vive en el constante desafío de fidelidad y la coherencia a la Iglesia de la que forma parte inseparable, sintiendo el llamado de ser hombre o mujer de iglesia en el corazón del mundo y hombre o mujer del mundo en el corazón de la iglesia.

2.2) Viviendo y renovando en nuestro peregrinar el desafío y la novedad en la colaboración.

....“Nuestra vida es esencialmente apostólica. El campo de la misión de la CVX no tiene límites: se extiende a la Iglesia y al mundo...”

*Principios Generales de la Comunidad de Vida Cristiana.
(PP.GG N°8. CVX). Suplemento N.36. Enero 1991.*

Desde nuestro ser de laicos, en que todos somos por el Bautismo partícipes de la misión y convocados a la santidad, asumimos el llamado a colaborar con la misión sin límites ni fronteras, de una manera organizada y comunitaria. El Hijo nos convoca a participar en la misión para actuar en lo más propio de nuestro ser Iglesia. De tal modo, deseamos que su poder, se manifieste en cada realidad, que su Gracia ilumine todo lo que urge ser transformado y que vivamos unidos a Él para que así pueda llegar a toda nuestra vida ordinaria en el mundo de hoy.

Ser parte de una comunidad apostólica de laicos, donde unimos la dimensión individual de nuestro apostolado al Hijo, ya nos signa como apóstoles y es manifestación y expresión de la Trinitaria que vive en comunidad. Si aún así, somos parte de una comunidad de fe, a partir de la cual encontramos motivación y fortalecimiento para nuestro apostolado individual, ya estaremos signados como parte de una comunidad de apóstoles y finalmente, si permitimos con liberalidad que esa nuestra comunidad, de la que hemos deseado y discernido ser parte, nos urja y nos ayude a involucrarnos en ella, para vivir el compromiso apostólico en sus diversas dimensiones, abriéndonos a las llamadas más urgentes y universales de una manera corresponsable ante la inminencia de una misión compartida o común, entonces estaremos siendo coherentes con nuestro ser comunidad apostólica donde se realice la revisión de vida en común y el discernimiento tanto personal como comunitario, adquieran una mayor significación y profundidad, de modo que esa, nuestra propia comunidad, se identifique por la manera en que asuma vivir la misión de construir el Reino de Dios entre los hombres, discerniendo, enviando, apoyando y evaluando cada momento vivido en comunidad.

El llamado del Hijo: “ven y sígueme”, es dirigido a cada persona, para que siendo su discípulo se integre a la comunidad a través de la Iglesia, colaborando unos con otros, edificando día a día un mundo más justo y más humano.

Los laicos estamos llamados coherente y corresponsablemente a vivir colaborando en la misión de evangelizar que el Hijo encomendó a su Iglesia. En la medida que la experiencia de fe se vaya fortaleciendo personal y comunitariamente la disponibilidad a la colaboración y al servicio será mayor.

La vida en comunidad de amor y servicio se aproxima a la comunidad trinitaria en la que Padre sale a nuestro encuentro a través del Hijo. La comunidad está llamada a anunciar la utopía que busca la justicia para todos, se expone al diálogo fraterno, comparte la buena noticia, se enfrenta a las fuerzas del mal espíritu, etc.

La vida de todo lo laico fiel condicionada a vivir la pasión absoluta con que Dios nos busca a cada hijo (a) suyo, y el modo en que nos dejamos adentrar en ese encuentro insondable, nos permitirá situarnos en el único fundamento siempre nuevo, donde solo desde allí, podremos vivir de manera creadora para disponernos a transformar el presente de cara al futuro en medio de los signos de los tiempos.

La interpelación que hemos recibido como Comunidad Mundial de Vida Cristiana, a servir en nuestras fronteras, se fortalece día a día con nuestro quehacer en el campo de la colaboración. Las fronteras se caracterizan por ser de dinámica compleja y a su vez profunda, donde sin dudas, los pueblos tienen en juego su futuro y con ellos el de la humanidad.

Nuestra vocación laical, se desafía hoy más que nunca, buscando y hallando por medio del discernimiento, las fronteras más urgentes para ejercer el apostolado encarnado en cada realidad para lo cual la colaboración entre todos los que se sienten llamados a trabajar en la viña del Señor, encontrarán allí su espacio para ello.

En su disponibilidad de colaboración, el laico pone en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas en medio del mundo en que vive y actúa. La contribución que ellos hacen a la renovación de la Iglesia es una prueba de que todo momento de renovación eclesial ha estado acompañado de un despertar del laicado.

Conclusiones

Mis queridos hermanos del Consejo Coordinador del Programa MAGIS IV, queridos compañeros de camino en estos tres años, queridos todos:

Aquí les va, finalmente, mi ensayo correspondiente Programa MAGIS, en su Cuarta Versión, tercera Etapa Extensiva: Laicado.

Toda la inmensa riqueza hasta aquí recibida en esta tercera etapa, ha sido de abundantes frutos personales, familiares y comunitarios.

El aporte, de manera integral, que como don y gracia he recibido, irradia positivamente todo mi crecimiento como laica de espiritualidad ignaciana llamada a vivir, amar y servir desde la vocación y estilo CVX.

Lo vivido durante este Programa de Formación en cada una de sus etapas, ha constituido una experiencia fundante de compromiso concreto, que cada día se irá manifestando con mayor plenitud en el amplio campo de la misión, donde siento que el Dios de Jesús me llama permanentemente a trabajar con Él, en comunión de amor y vida, sintiendo el envío permanente por parte de la comunidad a vivir esta experiencia.

A continuación les comparto mis mociones vividas en la elaboración y conclusión de este ensayo:

En un momento de mi experiencia de vida, imaginé que no podría concluirlo y entregarlo. Creo, confío y espero haberlo logrado, aunque algo atrasado.

Los he tenido a todos y cada uno de ustedes mis hermanos y compañeros de camino junto a mí, de un modo muy especial en esta etapa de mi vida y cuanto no más en la elaboración y conclusión de este trabajo.

Agradezco al Dios de Jesús por haberme llevado a cada uno de ustedes y a la vez agradezco a cada uno de ustedes por llevarme al Dios de Jesús desde la experiencia de lo vivido en Comunidad MAGIS.

De reto en reto se va jalonando la vida. (...), he querido concluir con esta frase con la que Tony encabezaba la Opinión del Tutor de mi anterior ensayo de Eclesiología, porque en medio de esta experiencia así lo he sentido.

Hoy el Padre Bueno, me confirma la absoluta certeza de su presencia en este otro desafío de mi vida, desde la novedad de su Ausencia-Presencia y en medio de este

Asumir-Asimilar voy viviendo sostenida por la Gracia y agradecidamente acompañada de ustedes mis hermanos de comunidad.

Tengan la certeza, que en mi oración también le pido insistentemente para que interceda ante el Padre Bueno por la Comunidad CVX que inmensamente amó, sirvió y de la que somos parte.

MSc. Arq. Vivian Minerva Luna Godoy. Enero 2014.

Bibliografía

1. **Biblia Latinoamericana, Ediciones Paulinas, Editorial Verbo Divino.**
2. **Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática Centesimus Annus, Editorial IMPRESA, Madrid, España, 1995.**
3. **Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática Lumen Gentium, Editorial IMPRESA, Madrid, España, 1995.**
4. **Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática Gaudium et spes, Editorial IMPRESA, Madrid, España, 1995.**
5. **Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, Santafé de Bogotá, D.C, Abril, 1994.**
6. **Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina (CEPAL), Proyecto Apostólico Común 2011-2020, Corresponsables en la Misión, Río de Janeiro, Brasil, Octubre, 2011.**
7. **Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.**
8. **Estrada Díaz Juan Antonio, La Espiritualidad de los Laicos, en una eclesiología de comunión, Ediciones Paulinas, Primera Edición, D.F, México, 1994.**
9. **González Buelta, Benjamín, "Orar en un mundo roto. Tiempo de trasfiguración", Editorial Sal Terrae, Santander, 2002.**
10. **González Buelta, Benjamín, "El rostro femenino del Reino. Orar con Jesús y las mujeres", Editorial Sal Terrae, Santander, 2008.**
11. **Loyola, Ignacio. Ejercicios Espirituales, 5ª Edición Mejorada, Editorial EDAPOR, Madrid, 1994**
12. **SS Benedicto XVI, Carta Apostólica PORTA FIDEI, 8ª. Edición, Editorial Buena Prensa, D.F, México, 2012.**
13. **SS Juan Pablo II, Exhortación Apostólica CHRISTIFIDELES LAICI.**

